

El filósofo, artífice de la palabra

Se supone que en esta serie de coloquios que ahora empezamos, los filósofos, como escritores, hablarán de sus respectivas obras. Me adelanto a tranquilizarlos, anunciando que no pienso referirme a mis trabajos escritos. Para iniciar el diálogo con mis colegas presentes, me limitaré a hacer algunas indicaciones sobre el oficio verbal de la filosofía; indicaciones e interrogaciones que sin duda sólo podrán resultar penetrantes por su concisión.

Parto de un hecho que no deja de ser asombroso por conocido de sobra: *el hombre es el único ser que habla del ser*. Podemos preguntarnos: ¿cómo hay que hablar del ser?

Del ser hay que hablar bien. Primero, porque el ser no es nada de lo que se pueda hablar a la ligera. El ser está ahí. Su presencia se impone, que quiere decir: impone respeto. Y segundo, por respeto propio: no podemos degradar la excelencia ontológica que nos distingue, de ser los únicos entes capaces de hablar del ser.

En rigor, no hablamos de otra cosa. El don de hablar lo poseemos con esta restricción: sólo podemos hablar del ser. Hemos inventado muchas maneras de hablar, pero ninguna que no abarque el ser. De suerte que nos asalta la duda de si en verdad se puede hablar mal del ser. ¿Qué quiere decir, en este caso, hablar bien? "En este ca-

* Texto leído por el Dr. Nicol en la sesión dedicada a su obra, el 8 de noviembre de 1978, dentro de un ciclo de Coloquios Titulado: "Escritores-Profesores. Profesores-Escritores de Filosofía", que tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras.

so" significa, específicamente, en el caso del filósofo.

El hablar es un hacer. Hay que hacer bien todo lo que se hace. Esto nadie lo pone en duda. Pero ¿qué índole de forzosidad entraña la fórmula "hay que"? No parece que se trate de una obligación impuesta por contrato social, o por una orden superior. ¿Es necesario hacer bien las cosas porque de lo contrario nos va mal? ¿O será tal vez que *la forzosidad del bien* está inserta en el mismo hacer, de tal modo que el hacer mal no es un auténtico hacer? Lo mal hecho está des-hecho; es algo contra-hecho, o sea contrario al hacer: es un acto que no se cumple, pues no alcanza su objetivo natural.

Esa contra-acción parece imposible en el habla. El lenguaje humano, que da nombres al ser, no falla nunca, siempre es certero. El ente llamado mesa es la mesa; el árbol es la realidad que llamamos árbol; el arco iris es el arco iris. Pero si la palabra es infalible ¿qué sentido tiene declarar que del ser hay que hablar bien?

Tiene sentido porque el lenguaje es una exposición, y exponer el ser es algo expuesto. Hablando nos exponemos a nosotros mismos, aunque hablemos de otras cosas; y hablando de nosotros mismos y de otras cosas quedamos además expuestos al error (o a algo peor, como veremos).

En efecto: nombrar el ser es ex-poner lo nombrado, hacer patente una realidad cuya determinación visual se afina y fija con la palabra. Si convenimos en esto, hemos de reparar en que la filosofía no sólo nombra las cosas. Dice Platón que filosofar es *hablar de las cosas como son*.



Este cómo de la cosa no queda enteramente ex-puesto o pro-puesto por la palabra que la nombra. El cómo hay que indagarlo, y para conseguirlo se inventó la ciencia: para que no quedásemos tan expuestos a pensar y decir que algo es de una manera distinta de como es en verdad. *Hablar con verdad es hablar bien del ser.*

Hablar mal es quedar mal. Quedar mal ante el ser es funesto. El ser mismo nos corrige, a veces severamente. Como pertenecientes al ser, no podemos ir por la vida extraviados, perdidos entre el ser. Hablar bien es la buena vía. (Recordemos eso de la vía, que reaparecerá más adelante.)

También estamos expuestos a quedar mal ante el prójimo, cuyas correcciones no siempre son benévolas. Los hombres de poco ser disfrutan corrigiéndonos; incluso se dijera que nos corrigen para disfrutar, pues imaginan que su ser menguado puede acrecentarse con el caudal de los errores ajenos.

Sin embargo, me inclino a pensar que la verdad, que es el bien de la palabra, no basta para que ese bien quede bien cumplido. Acaso haya otro bien, más allá de la corrección. Digo más allá, y esto mismo es incorrecto. La verdad envuelve una cualidad o virtud que no está definida por la simple adecuación de la palabra con la cosa. *La verdad es bella.* Tiene la belleza de un misterio, y si no nos percatamos de esto, difícilmente acabamos de entender qué es filosofía.

Corrección, belleza, misterio. ¿Cómo se conjugan estos términos en el austero quehacer científico de la filosofía? Veamos primeramente la corrección. Esta no tiene nada de misteriosa. Ni siquiera podemos estar seguros de que fuera bella, si estuviese sola. Evoquemos, por analogía, la figura de un caballero correcto. Este es un hombre puntual y formal. Quiere decir que sigue al pie de la letra todas las prescripciones impuestas por la lógica formal de la convivencia. Lo cual no impide que pueda ser, al mismo tiempo, un hombre antipático, o anodino y aburrido, incluso un infeliz: incapaz de hacer nada que se aparte de las formas llamadas buenas maneras, incapaz de dar forma a su vida más allá de los formalismos y formalismos.

La corrección se requiere, pero no es suficiente. Así lo entendemos todos: espontáneamente, apreciamos mejor a quien renueva las formas que a quien sólo se acomoda en ellas. Lo cual se muestra en la punta de ironía que asoma en la caracterización de un hombre, cuando se dice que es un caballero muy correcto. Nos referimos a su corrección porque no se nos ocurre ninguna otra cualidad más saliente y valiosa. La devaluación está en la omisión.

¿Qué le falta entonces al lenguaje verdaderamente correcto, para que pueda considerarse un "hablar bien del ser"? No le falta nada. Nosotros estamos en falta cuando no reconocemos sino su corrección. Debiéramos preguntar más bien en qué consiste la misteriosa belleza de la palabra que es correcta de verdad. Esta no es una índole de belleza estética, que si lo fuera, sería contingente, ocasional, sería un mérito del artífice, de suerte que la ausencia de tal belleza no implicaría un defecto de la verdad misma, y no representaría ninguna mengua en su eficacia vital.

Ustedes pueden pensar, naturalmente, en un filósofo que sea, además de buen pensador de verdades, un verdadero artista del lenguaje. Este se distinguiría, al lado de otros pensadores que expusieran las verdades de manera tosca. No deseo pensar siquiera en ese contraste. Por principio de cuentas, no hay verdades feas, y el exponerlas feamente sólo puede producirse por una insólita degeneración de la filosofía y una degeneración del lenguaje. Tampoco me detendré en estos hechos contemporáneos.

Lo que conviene precisar es que esa belleza de la verdad no es algo sobrepuesto, sino un bien intrínseco de la verdad, algo necesariamente inserto en el hablar bien del ser. Algo que, me atrevo a decir, aparece incluso en la palabra errónea que se pronuncia con intención de verdad. Pues el ser, no lo olvidemos, también está presente en el error; de otro modo, esa palabra no sería errónea, sino ininteligible. Sin la comunicación del ser, el error no podría denunciarse.

Pero sospecho que a ustedes puede quedarles todavía algún recelo. Yo mismo no me siento satisfecho con los anteriores apuntes sobre la verdad, la belleza y el misterio. Decimos: la verdad es bella porque consigue exponer el ser. ¿Por qué? Porque *la verdad se busca*, y se busca con palabras, sólo con palabras, sin artefactos, ni instrumentos, ni otra suerte de recursos. Se busca hablando y hablando siempre de la misma cosa que se desea exponer tal como es en realidad, o sea, tal como es en verdad. *La verdad es el ser bien manifestado.* Enseñar filosofía es educar este séptimo sentido que capta la estupenda belleza de tal manifestación.

Y aquí espero que hayamos llegado a tocar el meollo de la cuestión. El filósofo es artífice de la palabra porque es *buscador del ser*. Me doy cuenta de que esto contraviene las nociones admitidas, y me disculpo por ello. Pero les invito a que recapaciten sobre estas admisiones. Tradicionalmente, el itinerario de nuestro quehacer filosófico se presenta con el siguiente esquema. Primero se piensa el pensamiento; la búsqueda sería puramente intelectual. Luego se expresa el pensamiento pensado; la verdad encontrada previamente. Siendo esto así, la belleza sería cuestión de estilo, de arte lingüístico, y la verdad sería indiferente respecto del valor belleza.

Pero esto es un error: la búsqueda es verbal. No existe un pensamiento que sea puro pensamiento, en el sentido de no contaminado por la palabra. Los psicólogos nos lo aseguran, aunque hay una razón más profunda para creer que no existe verdad sin palabra, y es que la verdad es una posesión y es un don al mismo tiempo. Esta posesión no la conseguiría un pensamiento sin palabras. El ser sólo puede poseerse en el acto mismo de ofrecerlo. De hecho, el don del ser por la palabra no termina nunca, porque empieza con la búsqueda. Quiero decir que la búsqueda es ya una posesión.

La apropiación del ser es la auténtica propiedad de la palabra: lo que se llama "hablar con propiedad" es hablar del ser con intención de verdad. Esta es, dialécticamente, una intención a la vez posesiva y generosa. Y como el ser no se da ni se posee con las manos, sino sólo



con el verbo, el buscador de verdades es modelador de palabras, artífice nato de la palabra. Su instrumento no es el arte retórico. Aunque su oficio requiere destreza profesional en la expresión, su vocación misma impide que el artífice sea artificioso, que lo buscado resulte buscado. Su recurso es el método. La belleza verbal reside en lo que Descartes llamó "*la recherche de la verité*". La búsqueda, entiéndase bien. Hablar del ser como es debido sería, literalmente, un discurso del método: una palabra metódicamente encauzada hacia el ser. Método significa camino: el curso de ese discurso es la vía que toma el filósofo buscando el ser con palabras.

¿Y qué tiene todo esto de misterioso? A ustedes, como a mí, podrá parecerles diáfano. Lo misterioso es que podamos buscar el ser desde el ser. No podemos situarnos fuera de él, para otearlo, y **sin embargo** necesitamos buscarlo. Si no me ha descarrado por completo, esto significa que, en el quehacer de la filosofía, *es el ser el que busca el ser*.

El misterio no se resuelve, pero es explicable. A pesar de que la palabra envuelve en su raíz griega la noción de lo oculto, cerrado y secreto, lo misterioso no es siempre tenebroso y temible: puede radicar en lo más patente. Nos puede guiar ahora el misterio del arte. La obra creada por el artista es *physis*, en el sentido de, que posee una materia definida por propiedades intrínse-

cas. La *physis* que se emplea es lo que es, ni bella ni fea. Es barro o mármol, es una combinación de pigmentos, es la madera y las cuerdas de un instrumento musical, o el movimiento de la danza, que es la música del cuerpo humano. Damos por convenido que la *póiesis* artística no se efectúa sin una *physis*. De la naturaleza no nos despegamos nunca. Muy bien. Pero la obra no es una entidad física. Sin perder sus propiedades naturales la materia ingresa en una categoría ontológica sobre-natural. Por esta metamorfosis, *la materia embellecida* es el misterio del arte.

Algo análogo sucede en el lenguaje, y permite aclarar este otro misterio sin desvanecerlo: *de la physis nace el logos*. Voy a leer ahora ciertos párrafos de un texto que escribí hace unos meses:

De la *physis* nace el *logos*. Pero no nace una primera vez, sino cada vez que se pronuncia una palabra. Esto es inexplicable: la materia es muda, y el hombre habla *por* la materia. El examen de las condiciones materiales del lenguaje (acústicas, fonéticas) no da razón de la razón. Más bien resalta en ellas el misterio. El *logos*, como palabra y razón, no sería misterioso si no fuese precisamente físico. El misterio, renovado cada día, es la presencia del verbo en un universo material indiferente... No es misterio que la *physis* esté presente en el ser humano, en su cuerpo, y que a pesar de ello el hombre pueda hablar de la *physis* como algo ajeno. Lo misterioso es que el habla no sea una verdadera enajenación de la *physis*, sino al contrario: por el verbo, la *physis* se *ex-pone* a sí misma, adquiere por fin su auténtica presencia. La definitiva sapiencia del *logos* se alcanza reconociendo que, cuando habla un hombre, *la physis se hace explícita*... Verdad es comunicación. Lo comunicado es el ser. La comunicación *del ser* significa la comunidad *con* el ser. La forma suprema de esta comunidad es la verdad. Verdad es apropiación, y en tanto que comunicada, es dádiva. Es en la transparencia de este acto donde aparece el misterio. ¿Cómo puede poseerse y ofrecerse aquello que nos posee, aquello a lo cual pertenecemos y estamos adheridos sin desprendimiento posible? El misterio de la palabra verdadera es que *el ser habla del ser*, por boca de la filosofía. El hecho es que el ser se incrementa a sí mismo por el habla humana.

Acaso ahora podamos entender mejor porqué no hay ningún verdadero filósofo que no posea la pericia de la palabra. No es casualidad que todos hayan sido buenos habladores: *éulaloi*, como dicen nuestros hermanos los griegos. Son buenos habladores y buenos escritores por amor del ser, no por afán de lucimiento. Una vez más: la técnica del pensador artífice no es mero arte formal, ni mera formalidad lógica. Es algo inherente a una vocación en cuyo ejercicio se expresa una *fidelidad al ser*.

De unas posibles formas de infidelidad al ser no voy a ocuparme ahora; tal vez más adelante, si el tema reaparece en las intervenciones de mis colegas. Ellos *tienen* la palabra.